

FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA

CICLO “A” – 2016

“Fiesta de la Sagrada Familia Jesús, María y José desde la que se proponen santísimos ejemplos a las familias cristianas y se invocan los auxilios oportunos” (Elog. Martirologio Romano).

I.- LAS LECTURAS

*** Libro del Eclesiástico 3,2-6. 12-14.**

El que teme al Señor honra a sus padres.

Quien honra a sus padres expía sus pecados, recibirá contento de sus hijos y en el día de su oración será escuchado.

¡Hijo!, cuida de tus padres en su ancianidad, y en sus vidas no les causes tristeza. Aunque hayan perdido la cabeza, sé indulgente, no los desprecies en la plenitud de tu vigor.

*** Salmo Responsorial 127.**

¡Dichosos los que temen al Señor y siguen sus caminos! Tu esposa será como una vid fecunda en el interior de tu casa. Tus hijos como brotes de olivo, en torno a tu mesa. Así será bendito el hombre que teme a Dios.

*** Carta de San Pablo a los Colosenses 3,12-21.**

La vida de familia vivida en el Señor. Revestíos, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos mutuamente, si alguno tiene quejas contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección.

*** Evangelio según San Mateo 2,13-15.19-23.**

El ángel del Señor dijo a José: Coge al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo... José se levantó, cogió al niño y a su madre, de noche, se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes. Cuando murió Herodes, el ángel le dijo a José: levántate, coge al niño y a su madre y vuélvete a Israel... Se retiró a Galilea y se estableció en Nazaret.

II.- LA SAGRADA FAMILIA

Beato Pablo VI, Discurso en Nazaret, 5 de enero de 1964

“Lección de vida doméstica.

Enseñe Nazaret lo que es la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable; Enseñe lo dulce e insustituible que es su pedagogía; Enseñe lo fundamental e insuperable de su sociología”

Papa Francisco: “Amoris Laetitia”:

“La alianza de amor y fidelidad, de la cual vive la Sagrada Familia de Nazaret, ilumina el principio que da forma a cada familia, y la hace capaz de afrontar mejor las vicisitudes de la vida y de la historia. Sobre esta base, cada familia, a pesar de su debilidad, puede llegar a ser una luz en la oscuridad del mundo” (n.66).

Cuidemos la familia que siempre es lugar de encuentro. Pidamos al Señor la gracia de poder vivir la alegría del amor en la familia, como se nos recuerda en el lema de esta Jornada: “vivir la alegría del amor en la familia”.

- “En la vida familiar hace falta cultivar esa fuerza del amor, que permite luchar contra el mal que lo amenaza. *Desde la seguridad de que un verdadero amor* “no se deja dominar por el rencor ni por el desprecio hacia las personas ni por el deseo de lastimar o de cobrarse algo”. *Hay que proclamarlo con convicción*: “el ideal cristiano, y de modo particular en la familia, es: amor “a pesar de todo”. *Y como ejemplo de lo que quiero decir, les comparto* “la actitud de personas que han debido separarse de su cónyuge para protegerse de la violencia física y, sin embargo, por la caridad conyugal que sabe ir más allá de los sentimientos, han sido capaces de procurar su bien, aunque sea a través de otros, en momentos de enfermedad, de sufrimiento o de dificultad. Eso también es amor a pesar de todo” (n.119).

La Sagrada Familia de Nazaret y los valores que en ella se viven son el icono de lo que cada una de nuestras familias está llamada a ser, a vivir y a testimoniar.

III.- EN TORNO A LA FAMILIA CRISTIANA

PUNTO DE PARTIDA: EL HIMNO AL AMOR

«El amor es paciente,
es servicial;
el amor no tiene envidia,
no hace alarde,
no es arrogante,
no obra con dureza,
no busca su propio interés,
no se irrita,
no lleva cuentas del mal,
no se alegra de la injusticia,
sino que goza con la verdad.
Todo lo disculpa,
todo lo cree,
todo lo espera,
todo lo soporta» (1 Co 13,4-7).

1.- LA COMUNIDAD CONYUGAL

“La comunidad conyugal está establecida sobre la alianza y el consentimiento de los esposos. El matrimonio y la familia están ordenados al bien de los esposos, a la procreación y a la educación de los hijos. El amor de los esposos y la generación de los hijos establecen entre los miembros de una familia relaciones personales y responsabilidades primordiales” ” (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2249).

2.- LA FAMILIA CRISTIANA

“Un hombre y una mujer unidos en matrimonio forman con sus hijos una familia. Esta disposición es anterior a todo reconocimiento por la autoridad pública; se impone a ella. Se la considerará como la referencia normal en función de la cual deben ser apreciadas las diversas formas de parentesco” (Ibd. n.2202).

“Al crear al hombre y a la mujer, Dios instituyó la familia humana y la dotó de su constitución fundamental. Sus miembros son personas iguales en dignidad. Para el bien común de sus miembros y de la sociedad, la familia implica una diversidad de responsabilidades, de derechos y de deberes” (Ibd. n.2203).

“La familia cristiana constituye una revelación y una actuación específicas de la comunión eclesial; por eso (...) puede y debe decirse Iglesia doméstica”. Es una comunidad de fe, esperanza y caridad” y “posee en la Iglesia una importancia singular como aparece en el Nuevo Testamento” (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2204).

“La familia cristiana es una comunión de personas, reflejo e imagen de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo. Su actividad procreadora y educativa es reflejo de la obra creadora de Dios.

“La familia cristiana es llamada a participar en la oración y el sacrificio de Cristo.

“La familia cristiana es evangelizadora y misionera” (Ibd. n.2205).

. “La familia cristiana es una comunidad privilegiada llamada a realizar un propósito común de los esposos y una cooperación diligente de los padres en la educación de los hijos” (Ibd. n.2206).

Agradecemos al Señor nuestra familia que nos ha permitido nacer, crecer y sacar lo mejor de nosotros mismos.

En la familia cristiana han de florecer los valores que enumera San Pablo en la Carta a los Colosenses: misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión, perdón.....

3.- LOS PADRES

“Los padres son los primeros responsables de la educación de sus hijos en la fe, en la oración y en todas las virtudes. Tienen el deber de atender, en la medida de lo posible, las necesidades materiales y espirituales de sus hijos” (Ibd. n. 2252).

“Los padres deben respetar y favorecer la vocación de sus hijos. Han de recordar y enseñar que la vocación primera del cristiano es la de seguir a Jesús” (Ibd. n.2253).

4.- LOS HIJOS

“Los hijos deben a sus padres respeto, gratitud, justa obediencia y ayuda. El respeto filial favorece la armonía de toda la vida familiar” (Ibd. n.2251).

“De conformidad con el cuarto mandamiento: “honra a tu padre y a tu madre” (Dt.5,16; Mc.7,110), Dios quiere que, después que a Él, honremos a nuestros padres y a los que Él reviste de autoridad para nuestro bien” (Ibd. n.2248).

IV.- FAMILIAS EN DIFICULTADES

Ante las situaciones frágiles y delicadas en la familia y en el ámbito familiar, el Papa Francisco propone tres verbos que expresan acciones pastorales y evangelizadoras muy importantes ante la familia en dificultades: **“acompañar, discernir e integrar”**.

El Santo Padre Francisco manifiesta:

“Y hay un secreto simple para sanar las heridas y para disolver las acusaciones. Y es este: no dejar que termine el día sin pedirse perdón, sin hacer la paz entre el marido y la mujer, entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas... ¡entre nuera y suegra!. Si aprendemos a pedirnos inmediatamente perdón y a darnos el perdón recíproco, sanan las heridas, el matrimonio se robustece y la familia se transforma en una casa más sólida, que resiste a los choques de nuestras pequeñas y grandes maldades. Y para esto, no es necesario hacer un gran discurso, sino que es suficiente una caricia” (Catequesis sobre el amor y el perdón en la familia. Noviembre- 2015).

Unidos en el Señor.

Cáceres. 26 de diciembre de 2016

Florentino Muñoz Muñoz

V.- Nota de los Obispos para la Jornada de la Sagrada Familia - 2016

“Vivir la alegría del amor en la familia”

Este año el papa Francisco ha regalado a su Iglesia la exhortación apostólica *Amoris laetitia*, fruto de los dos Sínodos, donde nos invita a todos los cristianos a cuidar el matrimonio y la familia. En ella, el papa nos impulsa a proponer de un modo renovado e ilusionante la vocación al matrimonio y a mostrar la belleza, verdad y bien de la realidad matrimonial y familiar como un don de Dios, como una respuesta a una vocación excelente.

La cultura de lo provisional

Nuestra cultura actual está marcada por lo provisorio: «Me refiero - dice el papa-, por ejemplo, a la velocidad con la que las personas pasan de una relación afectiva a otra. Creen que el amor, como en las redes sociales, se puede conectar o desconectar a gusto del consumidor e incluso bloquear rápidamente. Se traslada a las relaciones afectivas lo que sucede con un modo de proceder con los objetos y el medio ambiente, lamentablemente demasiado extendido: todo es descartable, cada uno usa y tira, gasta y rompe, aprovecha y estruja mientras sirva. Después, ¡adiós!» (AL, n. 39). También está marcada por dificultades sociales, como puede ser la falta de una vivienda digna o adecuada; por la falta de derechos de los niños(1); por la necesidad de mejorar la conciliación laboral y familiar(2) ; por la dificultad de apreciar el don inmenso que supone toda vida humana(3) ; por la búsqueda obsesiva de placer(4) ; por la necesidad de hacer del tiempo de los esposos un tiempo de calidad para escucharse uno al otro con paciencia y atención y dialogar, hasta que el otro haya expresado todo lo que necesitaba.

La familia como horizonte de esperanza

Ahora bien, estos desafíos, lejos de constituir obstáculos insalvables, se convierten para la familia cristiana y para la Iglesia en una oportunidad nueva, de tal forma que la propia familia encuentra en ellos un estímulo

para fortalecerse y crecer como comunidad de vida y amor que engendra vida y esperanza en la sociedad. El amor esponsal que crece y se desarrolla en la familia es tan fecundo que está llamado a superar sus propios confines: «El pequeño núcleo familiar no debería aislarse de la familia ampliada, donde están los padres, los tíos, los primos, e incluso los vecinos» (AL, n. 187). El amor siempre tiende a expandirse, a cuidar de aquellos que se encuentran alrededor; nos impulsa a salir de nosotros mismos para generar una cultura del encuentro, superando «el individualismo de estos tiempos que a veces lleva a encerrarse en un pequeño nido de seguridad y a sentir a los otros como un peligro molesto» (AL, n. 187). Este mismo amor esponsal sobrepasa los límites de la propia carne para acoger en el seno de la familia a quienes corren el riesgo de ser descartados o caer en las orillas de la marginación y la exclusión: «Esta familia grande debería integrar con mucho amor a las madres adolescentes, a los niños sin padres, a las mujeres solas que deben llevar adelante la educación de sus hijos, a las personas con alguna discapacidad que requieren mucho afecto y cercanía, a los jóvenes que luchan contra una adicción, a los solteros, separados o viudos que sufren la soledad, a los ancianos y enfermos que no reciben el apoyo de sus hijos, y en su seno tienen cabida “incluso los más desastrosos en las conductas de su vida”» (AL, n. 187).

Esto nos habla de la grandeza, belleza y bondad del matrimonio y de la familia y, por tanto, de la necesidad de una adecuada formación y preparación de aquellos llamados a cuidarla, tanto de los seminaristas y sacerdotes, como de los agentes de pastoral familiar, y, ¡cómo no!, de los protagonistas de la apasionante aventura de responder generosamente a la vocación matrimonial: los novios, que deben ser acompañados durante el noviazgo, y los esposos, que deben ser acompañados, particularmente en los primeros años del matrimonio. Por desgracia, «la preparación próxima al matrimonio tiende a concentrarse en las invitaciones, la vestimenta, la fiesta y los innumerables detalles que consumen tanto el presupuesto como las energías y la alegría. Los novios llegan agobiados y agotados al casamiento, en lugar de dedicar las mejores fuerzas a prepararse como pareja para el gran paso que van a dar juntos. Esta mentalidad se refleja también en algunas uniones de hecho que nunca llegan al casamiento porque piensan en festejos demasiado costosos, en lugar de dar prioridad al amor mutuo y a su formalización ante los demás» (AL, n. 212). Ello revela

la urgencia de una presentación renovada de la profundidad, centralidad e importancia decisiva del consentimiento matrimonial que da comienzo a la vida conyugal, con todos los cambios esenciales que esta nueva realidad implica.

Amor a prueba de crisis

El papa Francisco nos recuerda que la vida matrimonial y el amor conyugal necesitan tiempo disponible y gratuito, que coloque otras cosas en un segundo lugar. Hace falta tiempo para dialogar, para abrazarse sin prisa, para compartir proyectos, para escucharse, para mirarse, para valorarse, para fortalecer la relación. A veces, el problema es el ritmo frenético de la sociedad, o los tiempos que imponen los compromisos laborales. Otras veces el problema es que el tiempo que se pasa juntos no tiene calidad. Solo compartimos un espacio físico, pero sin prestarnos atención el uno al otro» (AL, n. 224).

De este modo, el amor es don y tarea y viene atravesado por momentos de crisis y dificultades, propias de todo camino humano. A este respecto, el papa afirma: «En todos los matrimonios hay crisis y es normal que aparezcan las crisis». Él habla de **cuatro tipos de crisis**. Habla en **primer lugar** de unas crisis comunes (cf. AL, n. 235), por ejemplo cuando en el matrimonio se debe aprender a compatibilizar las diferencias, salir de la casa paterna y aprender las claves de una nueva convivencia; o cuando llega el primer hijo, con sus nuevos desafíos emocionales; cuando llega la adolescencia; la crisis del nido vacío, cuando los hijos se hacen mayores y van a formar ellos una nueva familia. Son crisis comunes que hay que acompañar. **En segundo lugar**, se encuentran las crisis personales (cf. AL, n. 236), por ejemplo, cuando hay dificultades económicas, crisis afectivas, sociales, laborales, espirituales, crisis personales que hay que iluminar y acompañar. **En tercer lugar**, se describen las crisis de fragilidad y de incumplimiento de expectativas (cf. AL, n. 237), y dice el papa: «Se ha vuelto frecuente que cuando uno siente que no recibe lo que desea, o que no se cumple lo que soñaba, eso parece ser suficiente para dar fin a un matrimonio». **En cuarto lugar**, habla de lo que acertadamente denomina crisis de viejas heridas (cf. AL, n. 239): «Cuando alguno de los miembros de la familia no ha madurado su manera de relacionarse, porque no ha sanado heridas de alguna etapa de su vida»; «A veces las personas

necesitan realizar a los cuarenta años una madurez atrasada que debería haberse logrado al final de la adolescencia». En muchas ocasiones se trata de un amor distorsionado por el egocentrismo. Para la superación de estas crisis el acompañamiento personalizado y paciente de los esposos por parte de la Iglesia se revela como una herramienta clave que deben estar dispuestos a ofrecer con humildad, respeto y competencia quienes están llamados a desarrollar esta importante labor.

Por un verdadero ambiente familiar. Generar una cultura de la familia

El camino de la familia necesita una morada, un ambiente apropiado, un tejido de relaciones donde pueda crecer y germinar el deseo humano. No hay persona sin personas, matrimonio sin matrimonios, familia sin familias; por ello es urgente generar una cultura verdaderamente familiar. Como afirmaba san Agustín: «Quien quiera vivir, tiene en donde vivir, tiene de donde vivir. Que se acerque, que crea, forme parte de este cuerpo para ser vivificado. No recele la unión de los miembros, no sea un miembro canceroso que merezca ser cortado, ni miembro dislocado de quien se avergüencen; sea hermoso, esté adaptado, esté sano, esté unido al cuerpo, viva de Dios para Dios; trabaje ahora en la tierra para que después reine en el cielo»(5) . Por este motivo el desafío y la misión de la Iglesia hoy es ser arca de Noé, sacramento de salvación, hospital de campaña, en palabras del papa Francisco, generando espacios y tiempos nuevos, un ambiente y una cultura favorables en los que la familia pueda crecer y vivir en plenitud su vocación al amor.

La alegría del Evangelio se refleja en la alegría del amor que se vive y se aprende de modo eminente en la familia. En la exhortación *Evangelii gaudium* el papa Francisco nos exhortaba a «pedir al Señor que nos haga entender la ley del amor. ¡Qué bueno es tener esta ley! ¡Cuánto bien nos hace amarnos los unos a los otros en contra de todo! Sí, ¡en contra de todo! A cada uno de nosotros se dirige la exhortación paulina: “No te dejes vencer por el mal, antes bien vence al mal con el bien” (Rom 12, 21). Y también: “¡No nos cansemos de hacer el bien!” (Gál 6, 9)» (EG, n. 101). Esta fuerza para amar nace, crece y se fortalece en la familia y es fuente de perenne alegría para el ser humano y para la realidad social en la que la

familia vive como fuente que da frescura y hogar frente al desamor y a la intemperie.

Pedimos al cielo que seamos capaces de cultivar y testimoniar esta alegría que llena el mundo de esperanza y lo hace un lugar habitable según el designio amoroso (de Dios) para la humanidad entera. A santa María, causa de nuestra alegría, encomendamos a todas las familias, de modo particular a las que pasan (mayores dificultades). Con gran afecto.

✠ Mario Iceta Gavicagogeascoa Obispo de Bilbao. Presidente de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida

✠ Francisco Gil Hellín • Arzobispo Emérito de Burgo

✠ Juan Antonio Reig Plà • Obispo de Alcalá de Henares

✠ Gerardo Melgar Viciosa • Obispo de Ciudad Real

✠ José Mazuelos Pérez • Obispo de Jerez de la Frontera

✠ Carlos Manuel Escribano Subías • Obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño

✠ Juan Antonio Aznárez Cobo • Obispo Auxiliar de Pamplona y Tudela

Anotaciones

(1) «Es tan inalienable el derecho a la vida del niño inocente que crece en el seno de su madre, que de ningún modo se puede plantear como un derecho sobre el propio cuerpo la posibilidad de tomar decisiones con respecto a esa vida» (AL, n. 83)

(2) «Muchos se han referido a la función educativa, que se ve dificultada, entre otras causas, porque los padres llegan a su casa cansados y sin ganas de conversar, en muchas familias ya ni siquiera existe el hábito de comer juntos, y crece una gran variedad de ofertas de distracción además de la adicción a la televisión» (AL, n. 50).

(3) «No puedo dejar de decir que, si la familia es el santuario de la vida, el lugar donde la vida es engendrada y cuidada, constituye una contradicción lacerante que se convierta en el lugar donde la vida es negada y destrozada. Es tan grande el valor de una vida humana, y es tan inalienable el derecho a la vida del niño inocente que crece en el seno de su madre, que de ningún modo se puede plantear como un derecho sobre el propio cuerpo la posibilidad de tomar decisiones con respecto a esa vida, que es un fin en sí

misma y que nunca puede ser un objeto de dominio de otro ser humano» (AL, n. 83).

(4) «En el matrimonio conviene cuidar la alegría del amor. Cuando la búsqueda del placer es obsesiva, nos encierra en una sola cosa y nos incapacita para encontrar otro tipo de satisfacciones. Las alegrías más intensas de la vida brotan cuando se puede provocar la felicidad de los demás, en un anticipo del cielo» (AL, n. 126).

(5) Cf. San Agustín, *In Iohannis Evangelium Tractatus*, 26, 13: CCL 36,266.